

HERNÁN CORTÉS Y EL ARTE DEL RETRATO JONATHAN BROWN

Hace unos meses, mientras recorría las Salas de Velázquez del Museo del Prado, me encontré inesperadamente con Hernán Cortés, quien estaba realizando una de sus visitas periódicas para estudiar las insuperables creaciones del “rey de los retratistas españoles”. Hernán y yo mantuvimos una breve charla, tras la cual continuamos contemplando, cada uno por nuestro lado, las obras maestras de Velázquez.

En aquel momento no pensé nada de nuestro encuentro, salvo que había sido un placer tropezar de REPEN te con un amigo. Después de todo, Velázquez ha sido una poderosa fuente de inspiración para los pintores a lo largo de cuatro siglos y su popularidad se mantiene en nuestra época, de lo que dan fe las numerosas obras sugeridas, sobre todo, por Las Meninas. No hay nada más lógico que encontrar a un retratista contemporáneo en las Salas de Velázquez del Prado. Sin embargo, al recordar aquel día, me doy cuenta de que Cortés había estado centrando su atención en los retratos, y esto sí era singular. Pues si bien Las Meninas se han convertido en un icono del postmodernismo, los retratos individuales del artista son prácticamente ignorados a excepción, por supuesto, de Hernán Cortés.

Las lecciones aprendidas por Cortés del gran maestro del siglo XVII no son necesariamente obvias; las ha absorbido y les ha dado su propia interpretación. Quizás por ello sea necesario observar su obra unas cuantas veces para sacarlas a la superficie. Probablemente lo más llamativo sea la construcción del espacio pictórico y la colocación del retratado dentro de él. Velázquez utilizaba insistentemente un espacio muy poco profundo con un fondo neutro. Gracias a esta estrategia, el modelo se presenta al espectador con una irresistible cercanía.

Otra semejanza entre muchos de los retratos de Velázquez y los de Cortés es la limitada gama cromática, lo que conduce a concentrar la atención en el rostro del modelo, punto focal de todo retrato. Esto me lleva a observar otra característica que comparten ambos pintores: la contenida sensibilidad de los retratados. La pintura de retratos del siglo XX se basa en el concepto romántico del retrato como espejo del alma. Cortés, al igual que Velázquez, evita los extremos de retórica emocional; ambos artistas prefieren plasmar la personalidad de su modelo a través de indicios que por medio de agresivas manifestaciones de su carácter, que dan poco lugar al espectador a involucrarse y a hacer su propia interpretación.

Estas similitudes entre los dos pintores andaluces pueden considerarse estructurales; sustentan a las imágenes y por lo tanto es fácil pasarlas por alto. Lo que salta a la vista son los hombres y mujeres ilustres de la España actual, cuyos rostros nos son conocidos a través de sus frecuentes apariciones en la prensa y en televisión. En realidad, esta misma familiaridad plantea el mayor de los retos a los retratistas contemporáneos, porque lo familiar corre el riesgo de convertirse en banal. Además, la imagen pintada, realizada a través del tiempo con estudio y con arte, puede resultar helada y falta de naturalidad a los ojos

acostumbrados a percibir los acontecimientos y las personalidades del mundo a través del ojo frenético de una cámara de televisión.

Cortés ha resuelto este problema con originalidad: utiliza la cámara fotográfica para hacer los estudios preliminares. Recuerdo con intensidad cuando posé para mi retrato. Durante más de cuatro horas, Cortés me tomó foto tras foto, sentado y de pie en diferentes posturas. Al mirar los retratos terminados recordando esta experiencia, es posible ver cómo Cortés se apropia de muchos de los rasgos característicos de la fotografía para animar sus retratos; por ejemplo el encuadre cortando el cuerpo de forma arbitraria (Javier Solana y de manera aún más drástica Javier Pérez Royo); la colocación de la figura descentrada (Jesús de Polanco); la vista desde abajo (Cándido Velázquez Gaztelu); la momentánea distracción de la atención del modelo (Bernardo Cremades).

Estas sesiones fotográficas conllevan largas conversaciones que permiten a Cortés sacar perspicaces conclusiones psicológicas de la personalidad del retratado y, lo que es más importante, de la imagen que éste tiene de sí mismo. He mencionado anteriormente que Cortés evita los excesos de retórica emocional para dar a entender sutilmente los rasgos de la personalidad de sus modelos. Cortés, como Velázquez, es un espectador reticente de la raza humana y emplea pequeños pero expresivos gestos para plasmar la esencia psicológica de sus personajes. En el Retrato de Jesús de Polanco vemos a un poderoso hombre de negocios ejerciendo su poder a través del teléfono, instrumento que en este guión funciona como el equivalente del cetro real en el siglo XX. Está marcando con determinación un número que le pondrá en contacto con una de sus amplias redes de poderosos amigos y asociados. El Retrato de Javier Solana representa a este famoso hombre de estado de pie, con las manos en los bolsillos, presentando un aspecto ligeramente encorvado, captando así la imagen preocupada cultivada por una de las figuras públicas más destacadas de finales del siglo veinte. Su camisa con botones en el cuello - una moda americana - y su corbata, con el nudo demasiado flojo, son también indicaciones de esa sencillez que nos desarma y que es el rasgo dominante de su personalidad.

Donde mejor se observa la compleja textura de la pintura de Cortés es en el Retrato de la Infanta Cristina. La Infanta está situada en un espacio ambiguo, que contiene fuertes reminiscencias del Pablo de Valladolid de Velázquez. Sin embargo no es esto lo que más llama la atención. Es sobre todo la asombrosa sencillez de Doña Cristina: su pose y su expresión relajadas, la ropa de diario arrugada, el calzado de lona que lleva sin calcetines, la ausencia de aderezos con excepción de un reloj de pulsera y unas cuantas joyas poco costosas. En este retrato inolvidable, Cortés penetra brillantemente en uno de los secretos del éxito de la monarquía. La Familia Real está elevada por encima de nosotros por historia pero no por su actitud. Velázquez no habría compartido esta concepción de la monarquía española pero, con toda seguridad, sí habría admirado la eficacia con que este retrato transmite su mensaje.